

tacto ó como una candidez no menos singular. En efecto, manifestó que antes de comprometerse del todo quería asegurarse el asentimiento ó cuando menos tomar consejo de su jefe directo, el ministro de la Guerra. De modo que el general salió del Hotel de Ville como si fuera en busca de una absolución: arrepentido antes de cometer la falta, pero bien resuelto á cometerla, iba á la calle de Saint-Dominique á solicitar lo que había de servirle de perdón á sus propios ojos. Cuando la magnitud de los acontecimientos hace llegar la confusión al colmo, las conciencias, aun las que de ordinario son rectas, tienen á veces estos complicados cálculos. Palikao estaba demasiado abatido para sorprenderse ó para indignarse: acababa de recibir la noticia de la muerte de su hijo que, según decían, había sucumbido en Sedán, y mientras Trochu le hablaba, permanecía con la cabeza oculta entre las manos, sin escucharle apenas. Después, con acento fatigado, dejó escapar estas palabras: «Si no tomáis la dirección de los negocios, todo se perderá; si la tomáis, creo que se perderá igualmente, pero á lo menos os seguirá el ejército.» Resuelto á no ser exigente, Trochu interpretó estas palabras como un consentimiento, y después de haber dado satisfacción á lo que él llamaba sus «hábitos jerárquicos», volvió al Hotel de Ville sin que su conciencia le reprochase nada.

Entonces no fué ya posible disimular la presencia de Rochefort, y el general se sintió doblemente mortificado, primero por la adición de este nuevo colega, y segundo por el disimulo que había retardado la confesión. Para tranquilizarle, le aseguraron que el redactor de *La Lanterne*, lejos de ser un peligro, sería de gran utilidad porque su nombre, ofreciendo á los exaltados una prenda inofensiva, les desconcertaría. Con esta observación calmóse Trochu; pero resuelto á ser el amo y convencido de buena fe de que lo sería, exigió la presidencia del nuevo gobierno, y como nada podían negarle, Julio Favre, investido ya de una especie de autoridad superior, se colocó de buen grado en segunda fila. Y sucedió (motivo de sorpresa que se añade á todos los demás) que aquellos que durante diez y ocho años habían luchado por la supremacía civil, aceptaron desde el primer día como jefe á un militar.

Era preciso proceder á la distribución de los grandes cargos públicos, y para ello los nuevos gobernantes se parapetaron lo mejor que supieron en la pequeña sala en donde deliberaban y colocaron en la puerta al señor Lavertujón con orden de no dejar entrar á nadie (1). Convínose en que Julio Favre se encargaría de los Negocios extranjeros y el general Lefló de la Guerra, y el general Trochu escribió al almirante Fourichón é invocando su propio ejemplo le exhortó á que aceptase la cartera de Marina. En cuanto al ministerio de Justicia, parecía corresponder de derecho de antigua ocupación al Sr. Cremieux, el cual dijo tranquilamente á sus colegas: «Yo voy á la Cancillería.» Gambetta se había instalado en el ministerio del Interior, pero cuando llegó el momento de ratificar la toma de posesión se formularon grandes objeciones, pues algunos habrían preferido á Picard, por lo que se procedió á la votación, saliendo triunfante Gambetta y adjudicándose á su rival

(1) Julio Simón, *Origine et chute du second Empire*, pág. 416.

la cartera de Hacienda (2). Como interesaba notificar la revolución, se redactaron las proclamas, que fueron cortas, pero en número de tres: la primera, para la Nación francesa, fué redactada por Picard y en ella se decía: «El pueblo ha puesto á sus representantes, no en el poder, sino en el peligro;» las otras dos iban dirigidas «á los Ciudadanos de París» y «á la Guardia nacional.» Con un aplomo que con el transcurso de los años parece impudente y que acaso entonces era sincero, se afirmaba que el gobierno había sido nombrado por aclamación; luego se recomendaba la calma y sobre todo la estricta observancia de las leyes; se celebraba la victoria conseguida sobre el Imperio, «victoria que no había costado una sola gota de sangre;» y se aventuraba el presagio de una nueva victoria contra el enemigo. Faltaba dar nombre al nuevo régimen, y aunque la palabra República estaba en los labios de todos, fué á medias rechazado y se adoptó, á propuesta de Picard, la denominación de *Gobierno de la Defensa nacional*, denominación hermosa, bien elegida y á propósito para unir á los buenos ciudadanos. También por influencia de Picard se convino en anunciar al día siguiente la convocación de los electores para la asamblea constituyente, si bien en los días sucesivos había de verse qué sería de esta promesa. Pero esta historia ya no es la del *Segundo Imperio*.

## VIII

He narrado, sin interrumpirla, la extraordinaria aventura que llevó á los diputados por París al Hotel de Ville y transfirió á éste el gobierno. En apariencia, tratábase de una temeridad capaz de turbar el ánimo más sereno: alrededor del edificio no había ninguna defensa; los hombres que se improvisaban dictadores no tenían en su favor ni grandes servicios prestados ni celebridad nacional alguna; y en cuanto al nuevo régimen, carecía de toda legitimidad, como no fuese la aclamación de una mediocre muchedumbre compuesta en parte de facciosos y en parte de pazguatos. Y, sin embargo, aquella creación mezquina tenía su fuerza, que arrancaba de la debilidad de todo lo que fuera de ella existía; antes de que Trochu acudiera á apuntalarla, la más pequeña cosa habría podido derribarla, pero hasta esa más pequeña cosa había muerto.

Al llegar á este punto nos encontramos con una de las principales extrañezas de un relato que contiene tantas. Mientras Favre comenzaba su éxodo hacia la plaza de la Greve, la emperatriz estaba todavía en las Tullerías; en el Luxemburgo había un Senado custodio de la Constitución; en el Palacio Borbón un Cuerpo legislativo que luchaba con momentáneas dificultades, pero que no había sido disuelto; y en París toda una jerarquía de funcionarios civiles ó militares ligados á la dinastía por un juramento no abrogado. Falta relatar (y con ello habremos terminado nuestra tarea) cómo todos estos resortes, ya muy gastados por los anteriores reveses, se aflojaron hasta el punto de no recobrar ya su elasticidad.

Después que hubo salido el Sr. Buffet, la emperatriz

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Picard, tomo I, página 476.

se quedó en las Tullerías, no sola y abandonada, como alguien ha supuesto, sino acompañada de una veintena de personas, chambelanes, damas de honor y amigos fieles. Las noticias llegaban allí muy confusas, pero por la calle de Rivoli y por los muelles pasaban y repasaban las pandillas y desde el extremo del jardín podían distinguirse en lontananza las ondulaciones de la multitud en la plaza de la Concordia. En esto, dos de los ministros, Jerónimo David y el Sr. Busson-Billault, llegaron hasta donde estaba la soberana y casi al mismo tiempo llegaron también el príncipe de Metternich y el caballero Nigra. Eran las dos ó tal vez las dos y media, y entonces la ola de los manifestantes se dirigía al Cuerpo legislativo; pero ¿no afluiría muy pronto la corriente hacia las Tullerías? Las únicas defensas del palacio eran las verjas cerradas y detrás de éstas tres ó cuatrocientos cazadores de la guardia. Entonces se insinuaron las primeras ideas de fuga. El embajador de Austria y el ministro de Italia habían oído por el camino los gritos de destitución mezclados con los de *Viva la República*, é impresionados por el espectáculo de aquella multitud que sin cesar aumentaba y á la que nadie contenía, atrevieron á pronunciar la palabra que los demás no osaban decir todavía. Se ha supuesto que estimuló sus consejos un motivo puramente personal, es decir, la idea de que, desapareciendo con la emperatriz y con la dinastía napoleónica los confidentes de insinuantes palabras y de doradas promesas, y mudos ya en lo sucesivo los ecos del palacio, podrían ser egoístas con toda tranquilidad; pero mientras no se pruebe lo contrario, no creo sino á medias en tal refinamiento. Los sucesos son, por lo general, más sencillos de lo que resultan cuando más tarde los reconstituye la maledicencia de los hombres, y es muy dudoso que aquellos dos diplomáticos merezcan el honor de una previsión tan despierta ó la injuria de un cálculo tan bajo. Comenzaba á discutirse la partida, cuando llegaron el Sr. Chevreau y su hermano, que venían de la Cámara, y refirieron todo lo que sabían: la moción de Thiers, la favorable acogida que había logrado aun en la más fiel mayoría, la suspensión de la sesión, la reunión de las secciones, la retirada de las fuerzas de policía y los comienzos de la invasión. Cada una de sus frases producía espanto y sobre todo indignación y los presentes repetían los nombres de los diputados desertores: «¡Cómo!, decían, ¡Jossseau, Terme, Descours, el Sr. de Benoist!—¡Ah!, exclamó la emperatriz; en Francia no hay derecho á ser desgraciado (2).» La soberana, dirigiéndose al general Mellinet, que mandaba los depósitos de la guardia, le preguntó: «¿Creéis, general, que se pueda defender el palacio sin hacer uso de las armas?—Señora, no lo creo.—Entonces nada hay que hacer, pues no quiero la guerra civil (3).» Los servidores de palacio, completamente azorados, quitábase las libreas y con ropas prestadas se escapaban llevándose lo que podían, como se coge un resto de un naufragio. La regente, sin embargo, vacilaba aún; pero en aquel instante (eran aproximadamente las tres y media) entró bruscamente el se-

ñor Pietri, exclamando: «¡Nos han hecho traición! Toda resistencia es imposible, pues las fuerzas con que podíamos contar nos abandonan.» Y después de haber referido que los grupos comenzaban á sitiar las verjas (4), añadió: «La salvación de Su Majestad y la de sus familiares exigen una partida inmediata.» Ante esta intimación cedió la emperatriz, despidió á sus amigos y habiendo muchos de éstos solicitado el honor de acompañarla, les respondió: «No sería realizable.» Entonces aquéllos se marcharon, muy de prisa, según parece, y después de haberse mostrado muy correctamente leales, ya no pensaron sino en su propia seguridad; de aquí, una soledad casi repentina que, andando el tiempo, había de motivar que se hablara de abandono. Si no mienten mis informes, sólo quedaron al lado de la emperatriz el príncipe de Metternich, el Sr. Nigra, los hermanos Chevreau, el Sr. Pietri y su lectora la Sra. Lebreton. En el momento de abandonar para siempre aquellos lugares, apoderóse de la soberana una vacilación tardía que la hizo deshacerse en «lamentaciones.» «Parecía clavada en el suelo,» ha escrito uno de los testigos de aquella escena suprema. «Pronto; el tiempo apremia,» dijeron Metternich y Nigra, y añadieron, dirigiéndose al señor Chevreau: «Respondemos de ella (5).» Partieron el señor Chevreau y el Sr. Pietri, y comenzó la fuga, yendo al lado de la regente su lectora y sirviendo de guías á ambas dos extranjeros. Metternich ofreció el brazo á la emperatriz y Nigra á la Sra. Lebreton, y juntos recorrieron las galerías de la parte del río y luego las del Louvre. En algunos sitios, las reparaciones que se efectuaban en algunas salas les obligaban á dar algunos rodeos, ocasionándose con ello retardos cuando los minutos eran preciosos. Al fin llegaron á la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois: de aquellos mismos lugares había salido diez y siete años antes, en dirección á Nuestra Señora, la carroza nupcial de la soberana. Los fugitivos llamaron un coche de punto al que subieron las dos damas; en aquel momento un pilluelo reconoció á la emperatriz; el Sr. Nigra le impuso rudamente silencio, y cuando la gente se agolpó, el carruaje se había perdido de vista. ¿Dónde buscar un asilo? No había habido tiempo de preparar nada. La Sra. Lebreton dió, al azar, al cochero las señas del domicilio de un consejero de Estado, el Sr. Besson, que vivía en el bulevar Malesherbes. El Sr. Besson no estaba en casa, en vista de lo cual tomaron otro coche y se hicieron conducir á la avenida de Wagram, á casa de un ex chambelán, que también había salido. El carruaje pasaba cerca del bosque de Boloña y la emperatriz recordó que muy cerca de éste vivía un dentista americano, el doctor Evans, y allí fué á pedir refugio la desolada princesa. ¡Desde el palacio de las Tullerías á aquella casa vulgar! ¿Había podido Shakespeare imaginar situación más dramática? El asilo era seguro; pero ¿qué era lo que podía temerse? El drama estaba por entero en los acontecimientos, no en la suerte de los actores. Nadie buscaba á la que se escondía, y aquella fuga no perseguida, desdeñosamente olvidada, completaba la desgracia. Dios no está lejos de señalar el fin de las dinastías el día en que les arrebató el privilegio supremo de los infortunios trágicos.

(1) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*, declaración de Busson-Billault (*Gazette des Tribunaux*, 28 de marzo de 1872).

(2) Relato manuscrito de León Chevreau.

(3) El 4 de septiembre en las Tullerías (*Figaro*, 24 de noviembre de 1870).

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Chevreau, declaración de Pietri, tomo I, págs. 259 y 270.

(5) Relato manuscrito de León Chevreau.

Menos digno de recordación aún fué el fin del Senado: oficialmente este alto Cuerpo era el primero, pero en su larga é incolora existencia habíase dedicado á empequeñecerse tanto más cuanto más le colmaba de honores la Constitución. Y no sucedía esto por falta de virtudes individuales y sobre todo de fidelidad. El 4 de septiembre, cuando, al abrirse la sesión, se habían enterado los senadores de los incidentes del Palacio Borbón y de la moción de Julio Favre, habíase apoderado de ellos una indignación general, y en un arranque unánime, digno de alabanza en aquellos momentos, habíán aclamado la dinastía; pero muy pronto, volviendo á su actitud pasiva y demasiado desacreditados, por otra parte, para que su voz encontrara eco, habían esperado los proyectos que les remitiera la Cámara. El presidente, Sr. Rouher, había organizado un servicio de comunicación con el Cuerpo legislativo por medio de algunos jóvenes de buena voluntad, y de este modo tuvo noticia de la proposición Thiers, de la del ministerio, de los grupos tumultuosos y, finalmente, de la invasión de la Cámara. Hubo indignadas protestas, y cuando se trató de determinar la conducta futura, cruzáronse palabras confusas, violentas, débiles. ¿Debía continuar la sesión, suspenderse esperando las citaciones á domicilio ó aplazarse para la noche ó para el día siguiente? La emoción, el estupor y la cólera paralizaban las voluntades. Algunos senadores, empapados de recuerdos clásicos, hablaban de esperar la invasión, de perecer en su sitio, si era necesario; pero el Sr. Baroche, con una frase breve y desengañada, echó por tierra esas ambiciones de heroísmo: «Si pudiéramos esperar, dijo, que las fuerzas populares que han violado el recinto legislativo se habían de dirigir á nosotros, nuestro deber sería esperar á los invasores. Desgraciadamente no podemos acariciar esta esperanza.» Y añadió, con melancólica perspicacia: «La revolución estallaré en París y no vendrá hasta nosotros.» La sesión continuó sin orden del día fija y en medio de una ansiedad enervante. Muchos senadores abandonaron sus bancos y se dispersaron por fuera del palacio: la calle de Vaugirard estaba tranquila, casi solitaria, sin un grupo, sin un grito; y en los alrededores del Luxemburgo, 150 ó 200 carabineros, reunidos en compañías y concentrados por orden del general Soumain, eran la única indicación de que en aquel barrio había algo que guardar. Entretanto, los jóvenes enviados para adquirir informes no regresaban, y á propuesta de uno de los vicepresidentes, el señor Boudet, se levantó la sesión. Los senadores prolongaron todavía un rato sus conversaciones en los corredores, pero luego uno tras otro se fueron marchando. Dos horas después llegó el Sr. Floquet, encargado de sellar las puertas del salón de sesiones (1), y al día siguiente el *Journal Officiel* insertaba estas simples palabras: «El Senado es abolido.»

El Cuerpo legislativo discutió algo más antes de morir, y ya que no podía defender á la dinastía, intentó, á lo menos, un esfuerzo para retener en sus manos el poder que iba á parar á la calle.

Julio Favre había arrastrado en pos de sí á una parte de los facciosos y las tribunas habían permanecido ates-

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Rouher, tomo I, págs. 242 y 250. — Véase también *Enquête sur le 18 mars*, declaración de Floquet, págs. 280-281.

tadas de gentes que gritaban, cantaban, comían, bebían y fumaban, con peligro de producir un incendio; pero en el resto del palacio las salidas estaban despejadas (2), y en medio de los grupos que se habían aclarado considerablemente, circulaban con entera libertad los diputados á quienes nadie pensaba en socorrer, mas á quienes nadie tampoco trataba de violentar (3). Muchos de ellos, en el salón de conferencias y en la biblioteca, expresaron el mismo deseo de aprovechar la calma relativa para reunirse de nuevo. La comisión, como se recordará, habíase pronunciado en favor del proyecto de Thiers y había nombrado ponente al señor Martel, el cual tenía redactado ya su dictamen. A falta del salón de sesiones, escogióse el comedor de la Presidencia, pieza vasta y suntuosa. Llévóronse sillas y muy pronto los asistentes fueron 170 y luego cerca de 200 (4). El Sr. Schneider había tenido que meterse en cama á consecuencia de las agresiones de que había sido objeto; uno de los vicepresidentes, Alfredo Leroux, le reemplazó.

Como si la pérdida de tiempo nada significara, los reunidos hubieron de soportar, en primer término, un discurso de Garnier-Pagés, el cual ensalzó la conducta de la oposición, hizo el proceso, ya inútil por desgracia, del gobierno personal, y expuso detalladamente, entre las muestras de impaciencia del auditorio lo que se hubiera debido hacer y lo que no se había hecho; y terminó pidiendo á la Cámara que se pusiera al habla con los diputados que se encontraban en el Hotel de Ville. Estas palabras fueron acogidas con grandes murmullos, pues la mayoría, aunque dispuesta á muchos sacrificios, no aceptaba todavía este exceso de humillación.

Levantóse el Sr. Buffet, y al escuchar los acentos de su elocuencia honrada y valerosa, los espíritus abatidos se sintieron un tanto reanimados. Comenzó por protestar contra la violencia, diciendo: «Vosotros sois los elegidos de la nación y ningún motín podrá arrebataros vuestro poder;» después, á fuer de tenaz parlamentario á quien nada distrae ni turba, recordó la orden del día. El Sr. Martel leyó su dictamen y á continuación fué adoptada la proposición Thiers por unanimidad de votos, excepto cinco ó seis abstenciones, que eran la expresión de los escrúpulos de aquellos que, aun en tan extremas circunstancias, temían hacer ver que sancionaban el abandono del imperio.

Votar el proyecto era cosa fácil; lo que no había de serlo tanto era asegurar su ejecución. De buen ó mal grado, fué preciso aceptar la indicación hecha por Garnier-Pagés, quedando vencidas las repugnancias merced á una hábil interpretación: no se trataba, se dijo, de reconocer un nuevo poder, sino de conferenciar con colegas y de determinar con ellos la fundación de un gobierno nacional. Al efecto designáronse ocho delegados, entre los cuales figuraban dos miembros de la izquierda, á saber: el Sr. Garnier-Pagés, que había insinuado la idea, y el Sr. Grevy, cuya cordura inspiraba especial confianza, pues en nombre de su misma fe republicana reprobaba con austera tristeza la violación de la Asamblea.

(2) Glais-Bizoin, *Cinq mois de dictature*, pág. 13.

(3) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Thiers, tomo I, página 18.

(4) Memoria del Sr. conde Daru, pág. 54, y anexos, pág. 512.

Eran algo más de las seis cuando la delegación llegó á la plaza de la Greve. El Sr. Grevy expuso el objeto del paso que daban: los diputados reunidos en el Palacio Borbón acababan de decretar la creación de una comisión de gobierno, pero querían ponerse de acuerdo con sus colegas instalados en el Hotel de Ville. A estos ofrecimientos de conciliación respondió Julio Favre en términos desalentadores: «Hace un mes, dijo, que venimos suplicando en varias ocasiones que se encargue del poder; ahora ya no es tiempo.» Pero después de haber hablado así, se moderó un poco y añadió: «Es menester que consulte á los que están aquí conmigo.» Y se convino en que por la noche daría la contestación definitiva. Luego se retiraron los delegados, pero no todos, pues habiéndose enterado Garnier que en su calidad de diputado por París formaba parte del gobierno del Hotel de Ville, se separó sin cumplidos de sus compañeros y en seguida tomó asiento entre sus nuevos colegas, con todas las ilusiones de ver reproducida la Revolución de 1848 (1).

A las ocho, el Cuerpo legislativo, si es que tal nombre podía dársele todavía, reanudó la sesión interrumpida. Una hora antes, el Sr. Glais-Bizoin, imitador del golpe de Estado, había sellado las puertas del salón de sesiones, de modo que los diputados no habrían tenido sitio en donde reunirse si la Presidencia no les hubiese dado nuevamente albergue. A falta de presidente y de vicepresidente, suplicóse á Thiers que dirigiera los debates. Julio Favre, á quien se esperaba, llegó acompañado de Julio Simón y en términos corteses agradeció á los delegados el paso que habían dado y que, según dijo, le había complacido profundamente; pero añadió que los hechos se habían consumado y que era imposible volver sobre lo que ya estaba resuelto: «Unicamente pensamos en la salvación de Francia.» Leyó la lista de los miembros del nuevo gobierno, disculpóse de que uno de éstos fuera Rochefort y se lamentó de que Thiers, á pesar de ser diputado por París, no quisiera figurar en aquél; después, en la semi-intimidad de aquella reunión suprema, expresó, con carácter confidencial, el verdadero motivo por el cual se mostraba rebelde á toda transacción: los nuevos gobernantes representaban el máximo de orden que la revolución desencadenada podía soportar en lo sucesivo y tenían ya á su lado celosos vigilantes cuyos rehenes eran. «Si dejáramos subsistir el Cuerpo legislativo, confesó Julio Favre, seríamos barridos del Hotel de Ville del mismo modo que lo habéis sido vosotros del Palacio Borbón.»

Cuando se retiraban Julio Favre y sus amigos, entró en la sala uno de los vicepresidentes, Alfredo Leroux, que acababa de ver á Trochu y de escuchar de sus labios esta lacónica declaración: «Es demasiado tarde.» No quedaba, pues, más recurso que inclinarse ante el destino. Todavía se oyeron algunos clamores de indignación: unos se irritaban de que París impusiera una vez más la ley á Francia, otros pedían que se consignara la ilegalidad en documento solemne, y muchos, no menos emocionados, se preocupaban del papel que habían de representar en los departamentos; pero Thiers apaciguó todas estas vehemencias y en lenguaje contris-

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Johnston, tomo II, págs. 288-289.

tado y grave, con una resignación que la poca intensidad del pesar hacía fácil, demostró que los acontecimientos eran más poderosos que los cálculos de los hombres. Parecía menos que un actor un testigo, y un testigo que se anticipaba á la historia... «Nos quedan pocos instantes para permanecer juntos. No nos disolvemos, sino que en presencia de nuestros infortunios nos retiramos dignamente á nuestras casas para vivir en ellas como buenos ciudadanos leales á la patria... No nos conviene reconocer ni combatir á los que van á luchar contra el enemigo... De ellos sólo he de decir una cosa: ¡que Dios les asista!» A estas exhortaciones unióse la promesa de que se harían constar en un acta los esfuerzos de la Cámara para cumplir su mandato. Así habló Thiers, como hombre profundamente affigido por su patria, pero que, habiendo sentido muy poco la destitución de sus propios príncipes, no estaba dispuesto á malgastar su dolor llorando la dinastía ahora destronada. Esta serenidad, este llamamiento al silencio, no dejaban de impacientar á los más fogosos. «Se han puesto los sellos en la Cámara,» gritaron muchos; á lo que Thiers, irritándose de repente, replicó: «¿Y acaso en otro tiempo no se pusieron los sellos en las personas? ¿No estuve yo, por ventura, en Mazas?» Aquella irritación no fué más que un relámpago, y Thiers añadió en tono otra vez tranquilo: «No recriminemos; sepáremonos tristes, pero unidos. Protesto contra la violencia de que hoy hemos sido objeto;» y agregó, á modo de reminiscencia transparente: «Protesto contra todas las violencias.» Sus últimas palabras fueron: «En presencia del enemigo, que pronto estará delante de París, no nos queda más recurso que separarnos con dignidad.» Dicho lo cual, la Asamblea se separó.

Todo lo que en el Palacio Borbón era silencioso abatimiento, transformábase en París en animación ruidosa; y esta animación, ¿me atreveré á decirlo sin que suene á blasfemia?, era casi alegre, según lo atestiguan varios contemporáneos (2). La gran preocupación consistía en hacer desaparecer todo lo que recordaba el imperio: los obreros y los guardias nacionales, encaramados en escaleras, destruían á martillazos, y entre burlas y chistes, las águilas ó las N coronadas que figuraban en las muestras de las tiendas de los proveedores oficiales; y cerca de las Tullerías, algunos cazadores de la Guardia se arrancaban los galones amarillos, distintivo del cuerpo escogido á que pertenecían. Bajo la luz crepuscular de un hermoso día de otoño, los paseantes prolongaban su callejeo, los cafés estaban llenos, los ómnibus circulaban como de costumbre, y las gentes se saludaban sin conocerse y, ¡cosa inaudita!, se felicitaban. A voz en cuello se cantaba la *Marsellesa* y se gritaba ¡Viva la República! con grandes demostraciones,

(2) Véase *Enquête sur le 4 septembre*, declaraciones de Ferry y de Julio Favre. — Véase Sarcey, *Paris pendant le siège*. — Véanse los diarios de 5 y 6 de septiembre. — «Al ver ayer la actitud del pueblo de París, decía en *Le Français* el Sr. Thureau-Dangin; al ver cómo llevaba á cabo una revolución, ó más bien, la presenciaba como una fiesta, con la sonrisa en el semblante, cantos en los labios y flores en los fusiles y en los sombreros, parecía realmente que olvidara la única, la temible cuestión.» El mismo escritor añadía con valor en aquellos momentos meritorio y demasiado poco imitado: «Odiamos con igual energía la dictadura del Hotel de Ville que la de las Tullerías, y lo mismo los actos de fuerza en las calles que los golpes de Estado de los imperios.»

pero sin cólera. Las únicas represalias que se cometían eran contra los agentes de orden público, y cualquiera de éstos que fuese reconocido, á duras penas se libraba de los puñetazos. Aparte de esto, ninguna amenaza, y sí únicamente un callejeo animado, una bobería sin malicia; no se veía policía en parte alguna, y por consiguiente no hay que decir el desorden que en las calles reinaba; en muchos barrios la incontinenencia llegaba á su colmo, viéndose en ellos gran número de soldados completamente ebrios que llevaban del brazo á mujeres públicas. Llegó la noche y las tiendas y los teatros permanecieron abiertos; «á poco más, decía un diario, habría habido iluminaciones.»

Tengo prisa por concluir este cuadro desconsolador y procuro hallar excusas. Para algunos, la República conquistada disculpaba todo lo demás; otros, con candor crédulo, estaban convencidos de que la caída de Napoleón quitaría á nuestros enemigos el pretexto para combatirnos; y la mayoría de las gentes renunciaban á toda reflexión, y tomando entre las angustias pasadas y las pruebas futuras una hora de vacaciones, mejor diría una hora de carnaval, disfrutaban de ella locamente. Pero, aun con estas atenuaciones, un estado de espíritu como aquel desafia todo análisis. La posteridad comprenderá que el pueblo de París, sacrificando la prudencia en aras del rencor, derrocó el imperio el 4 de septiembre; pero lo que no comprenderá ni perdonará es que aquel pueblo hiciera de este día un día de fiesta.

## IX

Al día siguiente todas las huellas del imperio habían desaparecido. Napoleón III, después de haber pasado por Bouillon, Libramont, Lieja y Verviers, llegaba á Wilhemshöhe, y el príncipe imperial, que desde hacía varios días estaba en la frontera del Norte y con todas las apariencias de un proscrito, acababa de salir de Maubeuge y de entrar en Bélgica. De la emperatriz nada se sabía, pero nadie se preocupaba de ella; algunos días después supose que había desembarcado en Inglaterra. La princesa Clotilde se había quedado en el Palais-Royal y fué la última en partir, sin apresuramiento, en su propio coche, como verdadera princesa que no quiere provocar ni temer. El príncipe Napoleón, de quien nadie se había acordado, permanecía en Florencia consumiendo sus últimos esfuerzos para lograr una alianza imposible, y decía, según se asegura: «Tengo un documento firmado en blanco por el emperador y en él pondré todo lo que quiera Italia.» El día 2 de septiembre, el Sr. Lanza, jefe del gabinete, le había insinuado con toda clase de miramientos la oportunidad de que se marchara: «¡Ah!, ¡me expulsáis!, replicó el príncipe.—Monseñor, no digo esto, repuso el ministro secretamente satisfecho.—Dadme mis pasaportes.—Los tendrá Vuestra Alteza dentro de una hora.» Y la misión, ya virtualmente terminada, acabó también de hecho (1).

El mismo éxodo que arrojaba lejos de Francia á la familia imperial llevaba á tierra extranjera á los principales servidores del imperio. Los que se habían burla-

(1) *La vita e i tempi di Giovanni Lanza*, tomo II, páginas 33-34.

do de los emigrados se apresuraron á imitarlos: el señor Pietri pasó la frontera en cuanto abandonó la prefectura de policía y las Tullerías; el general Palikao partió para Bélgica en la noche del 4 de septiembre; el Sr. Chevreau, después de haber cumplido con la emperatriz el deber de amigo leal, también se marchó; asimismo huyó el Sr. Rouher, cuando le avisaron que se trataba de prenderle; y todos aquellos á quienes la opinión designaba como autores responsables de la guerra, el Sr. de Gramont y el Sr. Benedetti entre ellos, habían emprendido ó emprenderían muy pronto el camino del destierro. Los temores eran más grandes que inminente el peligro; así es que en todas partes encontraron los fugitivos el paso libre. Únicamente se buscó, según parece, al Sr. Pietri (2).

¿Deberemos hablar aún del Cuerpo legislativo? El día 5 por la mañana, algunos diputados quisieron penetrar en el Palacio Borbón, pero habiéndoles impedido los guardias nacionales la entrada (3), se reunieron en número de 120 ó 130 en la avenida del Alma, en el domicilio de uno de ellos, el Sr. Johnston. El objeto, asaz inofensivo, de aquella reunión era no provocar una guerra civil, sino formular una protesta; y á fuer de buenos parlamentarios, los allí congregados no la redactaron en el acto, sino que, siguiendo todas las formalidades del procedimiento, nombraron una comisión encargada de elaborarla y suspendieron la sesión hasta el día siguiente. Al otro día el domicilio del Sr. Johnston estaba cercado por hombres armados, de aspecto un tanto sospechoso, á quienes se denominaba franco-tiradores y que habían recibido la consigna de dispersar á los representantes «con cortesía, pero sin debilidad (4).» Así se expresaba el nuevo prefecto de policía. ¿Hablaba el Sr. de Morny quince años antes de distinto modo? El Sr. Johnston, avisado á tiempo de lo que ocurría, consideró «poco delicado» exponer á sus colegas á un peligro (5), y en su consecuencia envió recado á unos y otros fueron despedidos por el portero; de modo que cuando los franco-tiradores quisieron operar no encontraron en la avenida del Alma más que á dos personas: el Sr. de Talhouet, á quien aquéllos aparentaron prender y para quien no era esto cosa nueva, puesto que ya había sido detenido cuando el golpe de Estado; y el Sr. Johnston, que se hallaba en su casa. La protesta fué firmada sólo por siete diputados, señores Daru, Buffet, Josseau, Martel, Lefebure, Johnston y Talhouet; pero otros muchos se habían de antemano adherido á ella. Lleváronla al *Journal des Debats*, que, temeroso como lo había sido al día siguiente del 2 de diciembre, se negó á insertarla; sólo un periódico se atrevió á publicarla, *Le Français* (6).

En medio de los grandes acontecimientos que llenan todo el escenario, siento cierto escrúpulo al recoger esas migajas de la historia; pero, si no me engaño, estos detalles, por insignificantes que parezcan, colocan al régimen imperial dentro de su verdadero marco, en-

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, tomo I, declaración de Pietri, página 259.

(3) Dreolle, *La journée du 4 septembre*, pág. 128.

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Keratry, tomo primero, pág. 652.

(5) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Johnston, tomo I, pág. 289.

(6) Véase *Le Français*, 9 de septiembre de 1870.

tre la violencia que lo fundó y la otra violencia que lo destruyó. El público ignoraba todas estas cosas; mas aunque las hubiese conocido, no se habría preocupado de ellas, pues había consagrado el 4 de septiembre al olvido y casi á la alegría. Al día siguiente, disipados los vapores que obscurecieron su vista, vió todo lo que la embriaguez de la víspera había ocultado; y en esa reacción de lucidez se aguzaron todas las sensaciones embotadas, y detrás de la efigie del Imperio abolido alzóse la imagen de la Francia en perdición. El ejército de Chalóns ya no existía; pronto no existiría tampoco el ejército del Rin, porque Bazaine, después de dos días de combate en Servigny y en Noisseville, acababa de retroceder hacia Metz para no alejarse ya más de aquella plaza. Allí, en la frontera, Estrasburgo incendiada; y más cerca, nuestras plazas fuertes, pequeñas ó grandes, sitiadas ó conquistadas. No había verdaderos soldados, sino simplemente reclutas; y era preciso reponer una gran parte de material. En Europa, amistades dispuestas ya á abandonarnos y que habían de encontrar en la caída del Imperio un pretexto para la total negación: Italia y Austria se consideraban desligadas, con la desaparición de Napoleón, de todos los cuasi-compromisos verbales que sólo se habían grabado en las memorias; Rusia, que en los últimos días se nos había aproximado ligeramente, muy ligeramente, permanecería aferrada en lo sucesivo al egoísmo; en una palabra, todo había empeorado, lo mismo si se quería continuar la guerra que si nos resignábamos á intentar la paz.

De todos los peligros, el más inminente era el del enemigo que se aproximaba. Guillermo había salido el 3 de septiembre del castillo de Vendresse; el 4 se encontraba en Rethel y el 5 llegaba á Reims. Ocho días más de marcha y estaría en la capital. En las correspondencias de nuestros enemigos se adivina cierto aturdimiento hijo de la magnitud del triunfo; sentíanse agitados por la emoción de sus victorias como nosotros por la impresión de nuestras derrotas, y no parece sino que necesitaran certificarse á sí mismos sus éxitos, tan increíbles los consideraban. Abeken, ese secretario del rey á quien hemos citado con frecuencia, escribía en aquella fecha del 5 de septiembre: «Hétenos, pues, á cuarenta leguas de París, como amos y vencedores; el ejército francés y el emperador están á nuestra espalda, pero en calidad de prisioneros.» Pocas horas después cogía nuevamente la pluma: «¿Es posible que el magnífico edificio que veo delante de mis ventanas sea la antigua catedral de Reims?» En su alma revivían tumultuosamente los recuerdos que aquella grandiosa aparición evocaba; y á fuer de hombre que se interesaba por el arte tanto como por la política, añadía: «La fachada, inundada por los rayos del sol poniente, parece de oro macizo.» Si hemos de dar crédito á su testimonio, por la noche los soldados alemanes se diseminaron por la nave del templo y, unos como curiosos, otros como fieles, pasaron una y otra vez por delante del altar en donde Juana de Arco había desplegado su estandarte y en donde habían sido coronados los reyes de Francia.